

se mueven tal vez, sin comprenderlo ellos mismos, por un generoso sentimiento de que sólo los franceses son justos apreciadores. Esto no quiere decir que falten criminales, por desgracia, ni que se les deje impunes; pero que éstos se conduzcan aquí para que se les imponga el condigno castigo, cómo y por quien corresponda.”

“Estos consejos fueron seguidos fielmente por el capitán Loissillon; y cuando cumplida su misión volvió á Morelia, fué á dar las gracias al prefecto político D. Antonio del Moral, diciendo que le habían dado los mejores resultados.

“Con el mismo objeto que había escrito al general barón Neigre D. Antonio del Moral, pidiéndole que dijese si eran ciertos los hechos que le recordaba, escribió también á Loissillon recordándole las instrucciones referidas que le dió, diciéndole que le contestase si era así, pues su contestación le serviría de dato para contestar á los cargos que le hiciera el gobierno imperial que le había llamado á la capital admitiendo su cuarta renuncia. La contestación de Loissillon fué la siguiente:

“Sr. Moral.—Reconozco con gran placer que los hechos que vos me referís en vuestra carta son exactos. Añadiré que por el conocimiento que he podido tener de vuestro carácter, estoy seguro de que no habéis aceptado las funciones de prefecto de Michoacán, sino con la esperanza de hacer reinar el orden, como todo buen ciudadano debe hacerlo.

“Durante todo el tiempo que he tenido el honor de estar en relaciones con vos, me he convencido que erais más bien el hombre del deber, que el hombre de partido.

“Recibid, mi querido Sr. Moral, la seguridad de mi más alta y afectuosa consideración.”

“Bien necesitaban algunos jefes de columnas francesas, y muy particularmente los que mandaban contraguerrillas en diversos Estados, que los aconsejasen como lo había hecho D. Antonio del Moral en Michoacán.”

Me he ocupado extensamente de cuanto concierne al Señor del Moral, porque su conducta fué digna en alto grado, y además, porque al poner en relieve sus nobles prendas cumplo, por mi parte, un deber de gratitud.

## CAPÍTULO XXIX.

(1865)

Nuevas depreaciones de Ugalde.—Fusilamiento de los Troncosos.—Expedición de Carácuaro, Nocupétaro y las torres de Cucha.—El río del Atascadero.—La Cascada.—El naufragio.—Magdalena la exploradora.—Insuordinación de Ugalde.—Dos traidores.—Los zuavos, jinetes en mulas.—Combates de León Ugalde con las fuerzas de Méndez.—Una escaramuza en Patámban.—Empeño que tenía D. Juan Alvarez de que Arteaga y Salazar se reconciasen.—Ardid de Riva Palacio con este mismo objeto.—“Amigos hasta la muerte.”—Que Méndez intentaba pasarse á la república.—Es nombrado comandante general de Michoacán.—Situación del Estado en Septiembre de 1865.—Renace el Ejército del Centro.—Fiesta cívica del 16 de Septiembre.

Después del asesinato de Pueblita, Ugalde, que se quedó al frente de la segunda División, hizo una retirada hábil entre puntos ocupados por el enemigo, y, atravesando el centro del Estado, llegó á Zitácuaro, haciéndolo de nuevo teatro de sus depreaciones, sin considerar que aquellos habitantes eran todos gente que prestaba los más útiles servicios en favor de la patria. No sólo imponía préstamos á las haciendas, sino que hacía una leva espantosa entre los hombres del campo y tenía en constante estado de alarma á las familias.

Por aquellos días (21 de Julio) una partida, perteneciente á su fuerza, asaltó en el punto llamado “Los Oratorios,” cerca de Ixtlahuaca, un tren de carros del comercio de Morelia que iba de México á esta última ciudad. Sea que Ugalde quisiese manifestar que introducía el orden en su tropa, á fin de que Arteaga no lo destituyese del mando, ó sea, lo que acaso es más probable, que no haya tenido en el *botín* toda la parte

que le correspondía, porque Ugalde se llamaba *León* (*quia nominor leo*), lo cierto es que estando ya en Zitácuaro aquella partida, Ugalde cayó sobre ella la noche del día 26, apoderándose de los cabecillas, de los oficiales y de los soldados. El día 29 fusiló en aquella ciudad á Juan y Tiburcio Troncoso, á Francisco Figueroa y á Mariano Tafolla (los cabecillas), y dos días después, en Laureles, á doce oficiales más. Los soldados fueron distribuidos en los otros cuerpos de la División.

Numerosa como era ésta, Ugalde logró imponerse con ella á los demás jefes que había en la zona de Zitácuaro y trataba de refundirlos, lo que produjo en ellos el descontento y el espíritu de hostilidad, que podrían ser causa de serios desastres.

Supo esta situación el general Arteaga, al hacer su camino de Tacámbaro á Huetamo, y desde Nocupétaro escribió el día 25 á Riva Palacio, diciéndole entre otras cosas:

“La presencia de usted en Zitácuaro me parece hoy más necesaria, pues he hablado con el señor general León (D. Esteban), quien instruirá á usted de todo cuanto pasa por allá.

“Es menester que se traiga usted á Ugalde, sin que pueda servir de obstáculo el tránsito de los ríos, porque según los informes que tengo, si no hay balsas, se pueden procurar.”

En cumplimiento de esta orden salimos de Tacámbaro en la mañana del 28 de Julio.

Nos encaminamos, pues, rumbo á Zitácuaro: la marcha había sido en extremo fatigosa y algunos soldados se habían quedado rezagados en la vía, acometidos de insolación, al atravesar el árido desierto de la “Loma Larga.” No era menos penoso lo que nos faltaba aún que recorrer en aquella travesía, pero el general pensaba estar cuanto antes de regreso en Tacámbaro, y no había más que resignarse.

Esto que voy á referir no es un hecho de armas ni un asunto culminante de la guerra: se trata simplemente de detallar tipos de nuestras revoluciones, de fotografiar en una, muchas de nuestras marchas y de referir ciertos episodios que no carecen de interés.

En aquel año llovió tanto, que por todas partes hubo terribles inundaciones. Por lo mismo nada extraño fué que el camino estuviera atascoso en algunos lugares y resbaladizo en otros, ni que sobre nuestras cabezas se cerniesen nubes negras y amenazadoras.

Nos faltaban todavía algunas leguas para llegar á Carácuaro, y ya la noche se venía encima. Por fin se presentó obscura y pavorosa. Entre los equipajes iban unas cargas de ocoite, pues era necesario no perder el camino por causa de la obscuridad y vigilar á los reclutas para impedir que se desertasen favorecidos por las tinieblas. Se encendieron muchísimas antorchas que llevaban los cabos, tanto los de caballería como los del pequeño batallón de infantes que iba en la columna. Era fantástica la procesión de aquella tropa que parecía formada de soldados de cuerpos negros y faz enrojada, pues los destellos de las hachas sólo alcanzaban á iluminar los semblantes.

El trueno y los relámpagos se sucedían sin interrupción: la bóveda celeste estaba profundamente obscura y la tierra lo estaba más, porque las tinieblas se espesaban con las frondas de los árboles que bordaban el camino. Por momentos creíamos que iban á desatarse sobre nosotros los raudales de que estaban preñadas las nubes. En la tierra caliente los aguaceros caen por lo común en la noche, y de minuto en minuto se ve la formación de rayos arborescentes que se dividen en muchas ramificaciones cintilantes; de tiempo en tiempo se escucha el ruido sordo de los truenos que estalla cerca de nosotros, y que va repercutiéndose y extinguiéndose á medida que se aleja.

Por fortuna llegamos á Carácuaro sin novedad, á eso de las once de la noche.

Al resplandor de los hachones ví dibujarse vagamente aquí y allá algunas chozas techadas de zacate, destacándose en los claros que dejaban los árboles de las huertas.

Los soldados se dividieron en grupos para asar la carne que se les repartió: así es que por todas partes había fogatas, apareciendo el caserío como si estuviera iluminado para una fiesta.

De este modo se presentó á mis ojos aquella población, en donde el hombre más grande de nuestra independencia había pensado en sacudir el yugo español y hacía preparativos con este objeto, desde antes de que Hidalgo lanzara el grito de libertad en el pueblo de Dolores. Por lo tanto, los nombres de Morelos y Carácuaro están identificados en nuestra historia.

El general, que desde en la tarde estaba sufriendo una fuerte jaqueca, tan luego como se apeó en el alojamiento, se tumbó á dormir. Su asistente, Abraham, no se preocupó ya de preparar cena, y yo que, en vez de dolor de cabeza, tenía una hambre devoradora, no tuve otro recurso que dirigirme á una de las fogatas con la esperanza de que los soldados me ofrecieran un trozo de *troncha*: me acerqué á un grupo y formulé mi deseo.

—Mi oficial, me respondió uno de ellos, como nos tratan de reclutas no nos dieron más que huesos; pero, mire, allí enfrente está una señora que hasta tiene frijoles. ¡Oiga no más cómo chilla la manteca!

En efecto, el chirrido era provocador, y además se oía el palmeteo de manos, *tortear* las tortillas.

Me dirigí al sitio indicado y me encontré con una mujer que al mismo tiempo que asaba un pedazo de carne, atendía á una cazuela en que se freían frijoles y echaba tortillas en un pedazo de comal. Le rogué que me vendiese de cenar.

—Cómo nó, jefecito! Arrímese; precisamente hacía yo la cena para mi hombre, cuando le dieron orden de que se fuera de partida, pues como ya sabe usted, es explorador. Apenas se llevó unas cuantas gordas, y gracias á esto, aquí tiene usted con que darse gusto.

Había tan dulce sonoridad en la voz de aquella mujer que, olvidándome un momento de mi hambre, fijé la mirada en sus facciones; pero el humo denso que desprendía el ocote velaba por completo su semblante y llenaba de lágrimas mis ojos, por lo que no me ocupé más que de satisfacer el apetito que me devoraba. Le pagué la cena y me retiré á mi alojamiento. Tardé mucho en dormirme, y confieso que no dejaba de ser parte en mi insomnio el recuerdo de aquel timbre de voz tan dulce y apacible.

Al día siguiente, muy temprano, continuamos nuestra marcha, no sin que yo hubiese espaciado mi mirada sobre Carácuaro y sobre Nocupétaro que se extiende á sus pies, sobre el caudaloso río de aguas cristalinas que fertiliza el terreno, y sobre las huertas de ciruelos y mameyes que circundan las chozas.

Hacía más de tres horas que caminábamos, cuando nos detuvimos en un rancho, en donde las soldaderas habían ya dispuesto un desayuno de tortillas y chile para esperar á sus respectivos soldados.

A riesgo de pasar ante mis lectores con la nota de glotón, no debo ocultar que piqué mi caballo para ir á ver qué me tocaba. No hubo por de pronto quien quisiera venderme una ración; pero oí *tortear* y ví debajo de un árbol á una mujer inclinada sobre el metate. Acerqueme; mas ¡cuál no sería mi desconuelo cuando ví la batea de la masa rodeada de reptiles, unos verdes y otros negros, que al menor descuido de la molendera daban mordiscos en la pasta del maíz destinada para hacer tortillas! Aquellos animales eran horribles y asquerosos.

—Arrímese, señor, me dijo la mujer, no le tenga tirria á estos animalitos: son *iguanas*, y si me logra agarrar alguno, se lo coceré, y ya verá ¡qué gallina ni qué nada!

Fijé horrorizado los ojos en mi interlocutora, y ¡oh Dios mío! era una vieja *pinta*. Veía yo caer de su rostro sobre el metate, á veces grandes gotas de sudor, á veces el *tamo*, ese polvo áspero que cubre las manchas de la *quiricua*.<sup>1</sup> Debe ella haber observado en mi fisonomía la amarga impresión que mi estómago acababa de recibir, pues riendo de todas ganas me dijo:

—¡Adiós, señor, en qué poca agua se ahoga! Ya verá cómo muy pronto se le ha de acabar el asco y comerá iguanas y tortillas de *quiricuenta*.

Esta maldición se cumplió al pie de la letra durante la campaña.

¡Cuánto eché de menos á mi desconocida de la noche anterior!

1 Nombre tarasco del mal del pinto.

Y como si yo fuese un *medium* poderoso, parece que mi eficacia no sólo evocó el espíritu de aquella mujer, sino también su cuerpo gentil. En aquel acto la ví sentada al pie de un árbol corpulento, cuyo tronco la había ocultado á mi vista, y de repente se incorporó y me ofreció un pedazo de carne y una *gorda dorada*.

—Coma usted esto, jefecito, murmuró con aquel acento que me fascinaba; tome de esta carne que no es de iguana y de estas gordas que yo misma eché anoche y que acabo de recalentar.

—Mil gracias! Dios se lo pague á usted, le dije.

Entonces pude verla á toda mi satisfacción: veinte años, esbelta, con ojos de águila, de color moreno, boca pequeña, de labios abultados que hacían pensar involuntariamente en un beso; duras las formas y gracioso el andar, no obstante su estado, del que se hallaba próxima á salir.

Decididamente aquella mujer era interesante.

Se despidió de mí, y poniéndose en camino, iba cantando con su voz hechicera la siguiente canción que gustaba mucho á las soldaderas:

Ursula, ¿qué andas haciendo  
Por la calle real borracha?  
Si quieres tener dinero  
Vámonos con los de la hacha.

Cuando me incorporé á la columna, mis compañeros me bromeaban por mi conquista; pero el coronel Alzati, tomando las cosas á lo serio, me dijo:

—Cuidese usted, compadre; esa mujer es funesta. Ya van dos hombres muertos por su causa.

—Pero si ni siquiera sé cómo se llama!

—Siempre cuidese: esa mujer se llama Magdalena, y ya le contaré su historia.

—Ahora mismo.

—Ahora no, porque voy á ver qué se le ofrece al general.

Aquel día estuvo diluviando: la marcha se hizo más fatigosa, principalmente para los soldados de caballería que, habiendo echado pie á tierra, porque subíamos una cuesta, no sólo llevaban el peligro de resbalarse por sí solos, sino el de ser arrastrados por la caída de los caballos, ya fuese el propio que conducían de la brida, ya el de su compañero que iba delante.

A eso de las tres de la tarde abrió un poco el tiempo y se presentó á nuestra vista una soberbia montaña que cerraba el horizonte. Por de pronto y viendo las enhiestas cúspides destacadas de los bosques que delante de nosotros se extendían, me parecieron el panorama de una ciudad, cuya inmensa catedral escalaba los cielos con sus dos torres: otras pequeñas cimas se me figuraron los campanarios de otros tantos templos.

Supe luego que aquellos elevados montes tienen por nombre "Los picachos de Cucha," y el barón de Humboldt los llama en una de sus obras. "Las torres de Cucha."

He dicho que la mayor parte del día estuvo diluviando, y bien lo echamos de ver cuando nos aproximamos al río del Atascadero, que es de ordinario un arroyo franqueable sin la menor dificultad. Al llegar á la orilla nos sorprendió el aparato tumultuoso de las olas que se empujaban las unas á las otras sin cesar. Corría el agua cenagosa cubierta de espuma sucia, y se veían pasar árboles descuajados de los cerros, que arrastraba la corriente como débiles aristas de paja. Un rumor sordo y amenazador completaba la escena.

Después de haber estado detenidos allí, poco más de una hora, las olas comenzaron á borrararse, cesó el estruendo de las aguas, y por último los postreros rayos del sol dieron cierto tinte risueño al paisaje. Sin embargo, yo por mí sé decir que aquella superficie tranquila, pero enturbiada del río, me produjo más pavor que cuando el torrente, poco antes, presentaba con franqueza toda su terrible majestad.

No sé quién dijo al general que en un rancho inmediato había una balsa recién hecha para que sirviera en el paso del río de San Pedro. Riva Palacio dió orden de que la condujeran al lugar en que nos hallábamos, mandó que la botasen

al agua, y haciendo que lo acompañaran José María Alzati y Jesús Verduzco, se sentó en aquel inseguro esquife y se propuso ganar la orilla opuesta. Muy pronto los dos nadadores que impelían la *balsa* fueron arrebatados por la corriente y no pensaron más que en salvarse, lo que lograron á duras penas, retrocediendo al punto de partida.

Ya sin dirección la *balsa*, á veces era arrastrada rápidamente río abajo, á veces giraba sobre sí misma como ebria de espanto. Llegó un momento en que la perdimos de vista, tras de un recodo cubierto de árboles. Entonces oí á mi lado una voz que clamaba:

—Allá abajo hay un salto donde todos se van á ahogar.

Quien esto decía era el explorador, el hombre de Magdalena, muy práctico en el terreno. Todos corrimos por la pendiente y llegamos ansiosos al recodo. No hubo uno de nosotros que no escuchara con terror el ruido sordo y monótono de la cascada. Temíamos salir á campo abierto y no descubrir la *balsa* en la extensión de la corriente.

Avanzamos..... el general y sus dos compañeros estaban sanos y salvos en la opuesta orilla. Hé aquí lo que había sucedido: La *balsa*, llevada hasta un remanso por el mismo impulso de las aguas, se había varado entre las raíces de una ziranda, como á un metro distante de la tierra. El general advirtió á Alzati y á Verduzco que los tres debían brincar al mismo tiempo y sin pérdida de momento.

Así lo hicieron, y sucedió, como era natural, que aquel impulso, desprendió el esquife, ligeramente encallado, y que la *balsa*, volviendo al centro de la corriente, siguiese el curso de ésta y á poco desapareciera hundiéndose en la cascada.<sup>1</sup>

Nuestras exclamaciones de alegría saludaron al general y á sus ayudantes. Luego regresamos nosotros al punto de partida.

El río seguía bajando, y como sucede con aquellos torrentes impetuosos, el descenso de las aguas es rápido y muy pronto desaparece el obstáculo que se opone al paso.

<sup>1</sup> El general Riva Palacio refiere este suceso en "Calvario y Tabor," como acaecido á uno de los personajes de la novela. La verdad es que él mismo fué el protagonista del episodio.

El primero que intentó el vado fué Ireneo, el explorador, quien llevando su caballo de un lado á otro, halló por fin el sendero que buscaba y atravesó el río con felicidad. Siguiéronlo los jinetes del cuerpo "Lanceros de Jalisco" con su teniente coronel Gorgonio Bustamante. Los infantes, atándose el vestido y la cartuchera en la cabeza, y llevando el fusil en el brazo levantado, pasaron también sin novedad, llegándoles el agua á más de medio cuerpo.

Tocó su turno á las mujeres. Por fortuna el agua seguía bajando y no tuvieron más que levantarse la ropa hasta la faja de la cintura. Formaron una cadena con sus manos y, capitaneadas por Magdalena, fueron más valientes que las judías cuando pasaron *á pie enjuto* el Mar Rojo.

Sería largo referir los episodios de aquella marcha: los dicharachos que salían de los labios de las soldaderas, y las no puleras palabras que se escapaban de la boca de los soldados, testigos presenciales del cuadro. A veces alguna de aquéllas se resbalaba y desaparecía debajo de la corriente; pero se levantaba furiosa, más por las carcajadas que oía, que por el peligro á que se había expuesto.

Sólo Magdalena avanzaba impávida: su alta estatura, lo macizo de sus piernas y mucho de amor propio, la sostenían sin que una sola vez llegase á vacilar. Las demás la miraban con envidia, y no faltó una entre todas que exclamase:

—¡Como la exploradora lleva por delante una balsa! Así, qué gracia! Todas hallaron justo motivo para reir á costa de Magdalena.

Ella iba á contestar; pero en aquel momento se contrajeron sus facciones y lanzó un grito de desesperación. Apresuró el paso para llegar á la orilla y se introdujo en una choza. Oímos sus lastimeros quejidos y en seguida el llanto de un niño.....

—Por poco se ahoga la criatura, dijo una soldadera.

—Pero Magdalena es tan afortunada, repuso otra, que ya no tiene ni necesidad de bautizarla.

Cuando llegamos á Tuzantla, donde tuvimos un día de descanso, rogué á Alzati que me refiriera la historia de Magdalena la *exploradora*.



UN CHINACO. — 1864

Tomado de un boceto pintado por Manuel Ocaranza.

—“Es muy sencilla, me dijo: con diferencia de algunos detalles, es la misma en substancia que la de todas las soldaderas.

“Estas mujeres sirven á sus hombres con entera abnegación; para alimentarlos saquean los víveres de las casas; se desvelan para atenderlos en sus enfermedades; les ayudan á cargar el fusil en las marchas; durante una acción de guerra no cesan de acarrear agua para dar de beber á su *hombre* y á sus compañeros; son *soldadas, cabas ó sargentas*, según la jerarquía de sus queridos; si alguna de ellas *tiene* un niño, todas lo cuidan, por más que á veces se aborrezcan entre sí. Cuántas ocasiones se les utiliza para que repartan el parque á la hora del combate. No temen las balas, y se las ha visto curar á su herido ó sacarlo en hombros durante lo recio de la pelea. Algunas son tan listas que sirven admirablemente de espías, cualquiera que sea el peligro que puedan correr; siendo tan reservadas, que inspiran toda confianza, pues su lema es “primero mártires que confesoras.” Son suspicaces y vigilantes, y muchas sorpresas se han evitado por los avisos oportunos que dan.

“Ha de saber vd. que Magdalena es el nombre de guerra de esta muchacha. Prescindió del suyo por respeto á su familia, honrada, aunque humilde.

“Vivía ella en el pueblo de T.....<sup>1</sup> al lado de su madre, que era dueña de una fonda. Además del aseo en el servicio y de lo bien condimentado de la comida, el establecimiento era muy concurrido á causa de la belleza de Magdalena. Si el estómago quedaba satisfecho, no lo quedaba menos la vista, porque, créalo vd., se la comía uno de ojos.

“Con frecuencia pasaban las tropas por aquel lugar, y puedo asegurarle que desde el jefe hasta el último oficial le dirigían sus tiros: jamás se ha visto una plaza mejor sitiada.

—“¡Plaza sitiada, plaza tomada!

—“Pues se equivoca vd. Esa plaza no se rindió jamás, ni siquiera cayeron sus muros ante las trompetas de Jericó. Ni

<sup>1</sup> Omíto el nombre del pueblo, porque no quiero que en él se hagan indagaciones que puedan afectar á la familia de Magdalena, algunos de cuyos miembros viven aún.

el dinero de los generales, ni las tiernas miradas de los subalternos, fueron bastantes para abrir brecha. ¡Vaya! ni el cura ni el vicario, que son las trompetas á que hice alusión, pudieron nunca conseguir que flaqueara la fortaleza.

—“¿Entonces?.....

—Entonces sucedió lo que sucede en estos malditos tiempos de guerra. La culpa la tienen los que se oponen á que el pueblo satisfaga su necesidad y sus instintos de libertad. Si no nos quisieran meter á fuerza la monarquía y el predominio clerical, no tendríamos revoluciones, ni tantos horrores que son su consecuencia. Eso es no conocer al pueblo. Se hacen la ilusión de que lo tienen fanatizado, y cuando menos acuerdan respinga y les tira de coces como una bestia brava.

“Todo tiene su razón de ser. Junto á los hombres de bien que se lanzan á la lucha para sostener sus opiniones, están los bandidos que vienen entre nosotros á dar curso á sus pasiones criminales. Esto es inevitable, porque no nos habíamos de ocupar en hacer el papel de policía, y porque á veces nos prestan servicios importantes, fuera de que de todos modos ganamos con ellos, pues si los matan, bandidos menos, y si salen victoriosos, el triunfo es nuestro.

“Una noche..... No había tropas ni del imperio ni nuestras en el pueblo de T..... Era tal la obscuridad, que las calles parecían boca de lobo; no había una sola puerta abierta en alguna casa. Miento; en la fonda estaba una ventana entornada y se percibía un bulto á la luz de una vela encendida en el interior. Por fuera, en la calle, un hombre á caballo dirigía tiernas palabras á la persona que se hallaba en la ventana.

“Aquel hombre se llamaba Miguel..... Era un joven artesano del mismo pueblo; se había alistado en una de nuestras guerrillas, y por su valor había ascendido á oficial; de cuando en cuando, acompañado de sus soldados, llegaba á T... sin otro objeto que el de ver á Magdalena. Era un guapo mozo: usaba sombrero ancho jarano, corbata tricolor, chaqueta de cuero y chaparreras negras; en el cinto, el revólver; el sable, terciado en las acciones de la silla; en la cuja la lanza, y el mosquete en el carcax: todo un *chinaco*.